

la suprema felicidad, si esta muerte debiera venirle antes que con sus propios ojos viera la de Jesús.

Por esto Nicodemus estaba tan tranquilo y sereno, después de haber irritado tan poderosamente á tantos implacables enemigos.

## CAPITULO XXIV.

Donde los enemigos de Jesucristo se ponen de acuerdo.

Y hubo unos momentos solemnes después que Nicodemus acabara de hablar.

El silencio que dominaba en la sala, donde congregado estaba el Sanhedrin, podría calificarse de sepulcral.

Las acusaciones del celoso defensor de Cristo repercutían aterradoras en los pechos de los malvados jueces, y con ser tan malvados, diríase que las amenazas que Nicodemus les dirigiera en nombre del Altísimo, les intimidaban, les llenaban de espanto y de terror.

Algunos pensaron ver la mano del Eterno suspendida sobre sus cabezas para anonadarles, y hasta los más cínicos y criminales se hallaban como aturdidos, como anonadados.

Aquello era la mano de Dios que les demostraba cuán poca cosa eran, y cuán fácil le fuera librar de su poder al inocente Jesucristo; aquello era una confusión tácita pero elocuente, hecha por los iníquos jueces, de la inmaculada

inocencia del Cristo, y de sus protervas y criminales intenciones.

El peso abrumador de su crimen les aterraba, durante los momentos en que creían percibir aun la voz del discípulo del Redentor, como aterra al asesino la voz de la víctima cuando se le aparece en sueños, pidiendo justicia ante el tribunal inexorable de Dios.

Pero el asesino despierta, el sueño desaparece entre brumas que lo envuelven, y torna á ser el mismo hombre, y peor tal vez, porque el lamento de la víctima ha endurecido más su corazón.

Lo propio sucedió con los malvados seres que formaban el Sanhedrin, de modo que pasado el primer momento de estupor, sintieron más y más enardecido su odio contra Jesús; hicieron propósitos de vengarse de Nicodemus de una manera ejemplar, y desbordando los torrentes de odio y de ira, que se aglomeraran en sus pervertidos corazones, estalló en la sala una tempestad humana, con la cual no tiene comparación la de la mar embravecida por el viento de levante.

Dios que les había sujetado, para que oyeran silenciosos la enérgica defensa de Jesucristo hecha por Nicodemus; Dios que por medio de aquella defensa les quiso evidenciar una vez más la inocencia del divino Nazareno, una vez esta inocencia estuvo evidenciada, devolvió á los malvados jueces toda su libertad, para que entonces obraran según ella.

La voz de Eleazar fue la primera que se oyó en aquel salón, donde todo el infierno se hallaba reunido, y fue la voz que desató la tempestad humana, que estaba rugiendo embravecida.

Eleazar gritó con su acostumbrada intemperancia:

— Que se juzgue inmediatamente al miserable, que ha osado ofender al Sanhedrin tan descaradamente.

— Que se separe desde luego del cuerpo sacerdotal á Nicodemus; que se le degrade y se le juzgue con todo rigor: — exclamó Ananías, que no podía perdonar al defensor de Cristo, las enérgicas calificaciones que le habia aplicado en el cuerpo de la defensa.

— Que se le excomulgue en seguida, y luego con una soga al cuello que se le entregue á los niños, para que le den una muerte digna de su crimen, arrastrándole por las calles de la ciudad: — guturó Achazías, cuyo honor habia ofendido Nicodemus de tantas maneras.

— Señores, — insistió Eleazar, aumentando en procacidad y en virulencia; — señores, los que quieran la muerte de Nicodemus, que se adelanten conmigo á pedirla á la presidencia. Los momentos que se tarda en condenar al desvergonzado, son nuevos insultos dirigidos á Israel.

Y adelantándose algunos pasos hácia la mesa, seguido de algunas capacidades como la del hijo de Anás, gritaron todos á una y tempestuosamente:

— ¡Muera Nicodemus!

El Nasi hizo una señal con la mano, como para aplacar aquella desenfrenada tormenta, mientras que el defensor de Cristo, con su acostumbrada decision y serenidad decia:

— Ya os he dicho que asumia toda la responsabilidad de mis aseveraciones; si creéis justo condenarme por ellas á muerte, iré al suplicio ó al martirio, con mas serenidad y decision de las que tenia al dirigirme aquí á la segunda vigilia de la noche. Por consiguiente, como no lograréis intimidarme ni con gritos ni con amenazas, atendiendo, cuando menos esteriormente, al decoro del tribunal, podeis ahorraros los gritos, dictar la sentencia desde luego, y disponer que al punto se ejecute.

— ¡Muera! — gritaron indignados los compañeros de

Eleazar, adelantando algunos pasos mas hácia la presidencia.

— Tranquilizaos, señores, — dijo Caifás, — y no queráis retardar con tumultos infructuosos la rápida accion de la ley. Ante todo no debemos olvidar la causa del Nazareno. Calmaos, pues, y volved á vuestros puestos, con la seguridad de que para todo llegará su hora.

Eleazar y los suyos, aunque con mala gana, volvieron á sus puestos, y allí demostraban la rabia é impaciencia que les dominaba, cuando uno de los jueces, cuyo rostro se hallaba encendido, y cuyos ojos despedían chispas de ira, se puso en pié en ocasion que nadie lo esperaba.

Aquel hombre parecia la encarnacion del espíritu del mal, y en aquellos momentos le dominaba la fiebre de la rabia que sin cesar domina á Satanás.

Nadie esperaba verle tomar ya aquella resolucion, y esta fue la causa de que todos gratamente se viesen sorprendidos, y por ende que cesaran en un instante todos los murmullos.

Aquel hombre era Onkelos.

— ¿Qué deseais? — preguntóle el Nasi, que mirando á su amigo, apenas le conocia, pues tan desfigurado se hallaba.

— Hablar contra el Nazareno, y decir algunas palabras acerca del malvado defensor del sedicioso.

— Podeis hacerlo.

Onkelos pareció reconcentrarse en sí mismo, no bien hubo el Nasi pronunciado sus últimas palabras.

El exceso de la ira, el cúmulo de tempestuosas ideas que bullian en la mente del fariseo, solo puede compararse con la confusion primitiva de la materia y de los elementos, antes que la palabra divina les diera forma.

Onkelos era el cáos, su lengua viperina no sabia cómo

desatarse; un nudo formado en la garganta del discípulo de Hillel le tenia mudo, haciendo esfuerzos inauditos por deshacerle, y romper en un torrente de palabras é invec-tivas contra el divino Salvador, y el resuelto y generoso Nicodemus.

Por fin logró proferir la primera palabra con entonacion ronca y apasionada, tempestuosa y llena de rabia, como las primeras rachas del huracan, que de improviso cae sobre las olas de la mar, despues de haber luchado por desatarse de las cadenas que le tenian amarrado en los senos de su aéreo elemento.

Y Onkelos habló de esta manera:

—¿Hasta dónde llegará la paciencia de Israel; hasta dónde llegará la tolerancia de los jueces de la nacion; hasta cuándo habrémos de sufrir con los brazos cruzados, las incalificables invec-tivas que dirigen á todo lo mas santo, á todo lo mas sagrado, á todo lo mas querido, los eternos ene-migos de la religion y de la patria? Yo no he oido en mi vida cosa igual á la que de oír acabo, ni lo habis oido vos-otros tampoco; la historia del Sanhedrin y del pueblo no re-gistran una página tan negra como la que hoy se ha escrito aquí, y es preciso que levante los brazos al cielo para im-plorar misericordia, si quiero que mi pecho se tranqui-lice, si quiero que mi pecho espere que el Altísimo no nos aplastará con sus iras inexorables, por haber dejado sin un rápido y ejemplar castigo, la incalificable audacia de un hombre que tiene el atrevimiento de llamarse juez de Is-rael, y de echar á la cara del tribunal la inmunda baba de su maldad y de su infamante pecado.

Cubríos los rostros con las manos, vosotros que estais encargados de administrar justicia en la nacion; no dejeis que hombre alguno ponga sus ojos en vuestro semblante,

porque ese semblante tan altivo, esa dignidad inmaculada de que tan justamente os envaneceis, llevan el espanto que el miserable Nicodemus os ha tirado á la cara, llevan im-presa la marca indeleble de la deshonra; no os dejeis ver ni de una mujer ni de un niño siquiera, porque la mujer y el niño pueden mofarse de vosotros, mientras no hayais lavado la mancha impresa en vuestro rostro y en vuestra honra, por el atrevido, por el audaz, por el cínico, por el indigno y corrompido Nicodemus; mientras no hayais la-vado esa mancha con todas las gotas de la sangre del acu-sado y del acusador; mientras no hayais vuelto por vues-tra honra, deshonrándoles á los dos con una muerte la mas degradante, la mas cruel, la mas infame!

Sí, señores; cubramos nuestros rostros con las manos; escondámonos á las miradas de todos los hombres; procu-remos evitar la presencia de nuestras mujeres y de nues-tros hijos; cerremos los ojos á la luz del sol, y enterremos nuestra existencia en el seno de las tinieblas, mientras que no volvemos por la honra que acabamos de ver pisoteada; mientras que no hacemos enmudecer para siempre la len-gua viperina que nos ha tratado de asesinos; mientras que no dejamos en el puesto que de nosotros exige el decoro y la historia de este tribunal, y la dignidad y honra de nues-tra nacion: sí, escondámonos á todos los ojos, á todas las miradas, á todo rayo de luz, porque mientras vivan los dos seres mas infames, nuestros hijos y nuestros esclavos pueden escupirnos donde otro nos ha escupido; pueden pi-sotear lo que otro ha pisoteado antes, y nosotros no te-nemos derecho alguno para impedirlo, ni para evitarlo. ¿Acaso nuestra humillacion y nuestra deshonra no se han hecho públicas á los ojos de los ángeles y de los hombres? ¿Acaso nosotros no nos sentimos oprimidos por el peso de

tanta y tan grande humillacion? El sonrojo matiza de color de fuego todas las partes de mi alma, y sea que me mire con los ojos del cuerpo, sea que me mire con los ojos del espíritu, yo me causo horror á mí mismo; yo me avergüenzo de mí mismo, y maldigo los oídos, y maldigo la inteligencia que me han servido para enterarme de las atrevidas procacidades de Nicodemus, mientras mi alma haciendo un esfuerzo no trate de purificar mis oídos, mientras mi inteligencia no trabaja para hundir eternamente al miserable criminal, que ha manchado audaz la immaculada reputacion, la preciosa dignidad de todos vosotros.

¿No sentís en vuestros pechos estremecerse el alma; no sentís los gritos de vuestro espíritu que os dice que vengueis su dignidad? Al considerar vuestra humillacion espantosa, al recordar que se os ha echado en cara el calificativo de jueces asesinos, de hombres que intentais servir de la ley para llevar á cabo una venganza infame; al recordar todos los cargos que por boca de Nicodemus se os han dirigido, ¿no se subleva vuestra ira, la honra de vuestros hijos no se aparece ante vosotros como un espectro, pidiéndoos que la vindiqueis? Las canas de vuestros progenitores, ¿no os enseñan irritadas una mancha infame, en una reputacion conservada pura por espacio de tantos años y generaciones? Y en vista de todo esto, ¿cómo no pedís la muerte de los dos que tan asquerosamente os han ofendido? ¿Cómo no os levantais cual si fuerais un solo hombre, y no aniquilais á los criminales que me ocupan? Solo una palabra basta; ¿por qué no la pronunciais?

Onkelos estaba tan exaltado, que al llegar á este punto, el exceso de su emocion rabiosa, y su imponderable exaltacion le dejaron de improviso sin una palabra. La multitud de ideas que en tropel se agolpaban y arremolinaban en su

cerebro, por unos momentos le confundió, hasta el extremo de quedarse sin ninguna el fariseo.

Eleazar, viendo que en aquel punto concordaban sus aspiraciones, con los deseos y escitaciones que Onkelos dirigia al Sanhedrin, lisonjeado en gran manera, y exaltado por la satánica violencia de las escitaciones del fariseo, dijo:

—Yo he pronunciado esa palabra. Mueran el sedicioso y su defensor; ¡lavemos nuestra honra con la sangre de los dos!

—Sí, lavemos nuestra honra con lo único que puede ser lavada; purifiquemos las inmundicias del Sanhedrin, con la única agua lustral que puede purificarlas; hagamos verter al Nazareno y á su procaz defensor todas las gotas de su sangre en un infamante patíbulo, y así la mancha desaparecerá lavada, y la infamia desaparecerá con la afrenta que ellos reciban. No hay otro medio, señores, y mi corazon se indigna, y mi rostro se enrojece, pensando que vosotros podeis aun dudar en la aplicacion de penas tan justamente merecidas, al que ha cometido un delito que la historia no registra otro igual, desde el fratricidio de Cain, hasta el martirio de los Macabeos.

¿Qué mereceria el juez de Israel, que se hiciera reo de todo cuanto, con altanera audacia, háos acusado á todos vosotros el miserable Nicodemus? decid; ¿qué mereceria?... La mente se resiste á concebirlo, y el corazon se rebela considerándolo, porque no hay en la tierra castigo bastante para un crimen de tal naturaleza. Y ante vuestra immaculada inocencia, y cuando nos hallamos congregados aquí por los impulsos de nuestros corazones, que solo el amor á Dios y á su pueblo inspiran; cuando penetrados de dolor entendemos en las gravísimas causas que nos obligan á

sentenciar á la vil muerte de los criminales un israelita, á fin de salvar de esta manera la Religion, la patria y el decoro de nuestro pueblo; cuando para fines tan nobles y levantados nos hallamos congregados aquí, vernos apostrofados por labios que solo inspira la maldad, vernos acriminados por uno de nuestros compañeros, y sentir como se nos acusa de criminales, de asesinos, de jueces que se sirven del arma de la justicia para llevar á cabo venganzas incalificables, esto, señores, irrita la sangre, subleva el espíritu del mas pacífico, y hace proferir un rugido amenazador á la dignidad y á la honra de los que tan cínica y vilmente se miran acusados?

¿Y dejaremos impune este crimen, que solo tiene igual en el crimen del sedicioso Nazareno? ¿Desistiremos de nuestro empeño en condenar al malvado Jesús, y retrocediendo ante las invectivas de Nicodemus, pondremos en libertad al preso y castigado ya, en vez de conducir al defensor y al defendido al degradante patíbulo; en vez de clavarles en una misma cruz; en vez de castigar su crimen igual con una misma pena? ¡Oh! dejad que me horrorice y extremezca, pensando tan solo que tal vez acobardados retrocederéis en el glorioso camino que habeis emprendido, porque si tal hiciérais, entonces mereceríais los calificativos con que os ha distinguido Nicodemus, y yo, antes de morir de vergüenza y de rabia, pediria á Dios con voces desesperadas, que redujera á pavesas vuestro cuerpo; que infamara vuestra memoria como si fuese la de una meretriz; que vuestros, hijos horrorizados de vosotros, procuraran esconder su origen, buscando otro nombre y otra descendencia que no fuese la vuestra, y que hasta la tierra estremecida se negara á recibir las inmundas cenizas de vuestro polvo, y entregara eternamente este polvo

y estas cenizas al huracan, para que con furia los arroja-se al espacio donde no flota ningun cuerpo, donde no hay memoria de ningun ser, donde solo reina el olvido y la oscuridad eterna. Y esto seria poco aun para satisfacer mi deseo de confundiros y castigaros por vuestra iniquidad, y descenderia al sepulcro maldiciéndoos, para seguir maldiciéndoos desde la otra vida..., y no cesaria de maldeciros, hasta tanto que hubiese alcanzado de Dios para vosotros un castigo tan grande, que solo la Divinidad lo puede concebir en su ciencia infinita, tal como yo lo deseara y se lo pediria.

¡Ah! perdonad mi exaltacion, señores; esta exaltacion que solo puede ser inspirada por el ardiente celo que me anima en beneficio de la patria, y de la honra de todos, que es la del Sanhedrin; perdonadme si considerando lo que sois incapaces de hacer en vuestra immaculada honradez, me he dejado llevar de los torrentes de mi arrebató; sí, perdonadme, porque reconozco en vosotros á los descendientes de Débora y de Samuel. Vosotros cumpliréis con vuestro deber; vosotros haréis justicia; vosotros procuraréis sacrificar en aras del bien comun vuestra extremada susceptibilidad, y si vuestra honra se ve mordida hoy por el diente rabioso de los sectarios y de los enemigos de la patria, no temais, cumplid con vuestro deber, y la historia os hará justicia, y vuestro immaculado recuerdo brillará como el sol en el horizonte del porvenir hebreo.

¿Quién duda aquí de la culpabilidad del sedicioso Nazareno? ¿Quién no recuerda con indignacion las inculpaciones de Nicodemus? ¿Quién piensa en dejar impunes los crímenes espantosos del uno y del otro? ¿Faltan acaso las pruebas? ¿Faltan artículos en la ley que condenen severamente tales delitos? ¿Falta valor á los jueces para arrojar estas

excrecencias de la sociedad al patíbulo para el cual han nacido? ¿Nos falta tal vez el poder para llevar á cabo la sentencia inevitable, que contra los dos debemos pronunciar inmediatamente?... Si nada de esto nos falta, señores, ¿qué vacilamos pues? ¿Por qué detenernos en nimiedades, que si son precisas en situaciones normales, son hasta espantosos crímenes en circunstancias como la presente?

Caiga todo el peso de la ley sobre los malhechores; la pena de los culpables pese inflexible sobre la cabeza de los criminales; salga Israel de la ignominia y de la vergüenza en que yace postrado, y mueran como bandidos y asesinos, los que han pretendido acabar con la vida de la nación, y con la existencia del honor y decoro de este tribunal augusto y de sus respetables jueces.

Esto es lo que debemos hacer; esto es lo que no podemos excusarnos de llevar á cabo. Maldito sea de Dios eterno el que piense de otra manera, y las maldiciones de todo el pueblo caigan á la vez eternamente sobre su frente pervertida. Maldíganle sus hijos y sus abuelos; escúpanle al rostro los incircuncisos y los esclavos, y muera olvidado en un muladar, pisoteado por los animales mas inmundos y mas asquerosos; el rostro del Señor jamás se le muestre propicio, y se lleven su alma los demonios al ántro mas tenebroso del infierno!

Onkelos al terminar su rabiosa y larga invectiva, desplomóse sobre el ansiento mas bien que se sentó en él. Hallábase agitado por un sacudimiento nervioso, y todo su cuerpo ardia... ardia con el fuego del infierno que devoraba su corrompido corazón.

Caifás y Anás mirábanle complacidos en gran manera, y olvidando en aquel momento sus rencillas y discordias, sus antipatías y odios de escuela, confesaron en su inte-

rior, que la elocuencia y el corazón de Onkelos eran el agente mas poderoso que podian proporcionarse para llevar á remolque sus protervas intenciones.

Gamaliel mirábale admirado, preguntándose si efectivamente aquel, que de hablar acababa, era el discípulo de su padre Hillel; si efectivamente era el sábio Onkelos; el honor de la escuela farisáica de los hillelistas, y el terror y espanto de todas las demás sectas. Y Gamaliel no conocia á su amigo y condiscípulo, en el hombre cuyos apóstrofes acababa de oír con espanto y con horror.

Nicodemus estaba sereno como siempre; resignado y resuelto como nunca: las palabras de su enemigo no habian logrado infundirle miedo ni acobardar su valor.

Si la alegría era capaz de penetrar en su alma durante aquella noche, dirémos que Nicodemus regocijábbase grandemente escuchando las terribles invectivas de Onkelos, y creyendo ver ya la muerte próxima, creia tambien hallar el premio deparado por Dios á su noble y generosa defensa, muriendo en compañía del Hijo del Altísimo.

¡Oh! si esto se realizara, la felicidad de Nicodemus seria grande, seria imponderable. ¡Poder testificar su amor y adhesión al Cristo muriendo por su causa, en su santa compañía, y con el mismo género de muerte que su divino Maestro!... En verdad que esta debia ser para el fiel discípulo la muerte mas honrosa y agradable de la tierra. Nicodemus apenas se atreviera á esperarla; figúrese cuanta seria su alegría y su serenidad, al suponerla tan segura y hasta tan próxima!

Pero estaba escrito que nadie debia morir por entonces mas que el Hijo de Dios, y á pesar de los buenos deseos de Nicodemus, su muerte no estaba tan próxima, y ni peligraban siquiera su libertad y su independencia.

Mas apenas Onkelos cerrara sus labios, cuando con poca extrañeza por parte de Gamaliel, oyó que Caifás decía al oído:

—Seria bueno que levantáseis de nuevo la sesion, para que los jueces pudieran meditar antes de pronunciar la sentencia definitiva.

Gamaliel miró á su interlocutor por un buen rato, y luego le dijo, acompañando sus palabras de una sonrisa incisiva:

—¿Queréis decir que necesitais ponerlos de acuerdo, no es verdad, gran Pontífice?

—Como mejor lo querais entender, Nasi de Israel: —respondióle Caifás con entonacion cáustica y á la par despreciativa.

—Toda vez que estoy puesto en el terreno de las concesiones, repuso Gamaliel siempre con la misma sonrisa, — fuerza me será no disgustaros en nada, gran pontífice.

—Es lo que mas cuenta puede traeros, Nasi de Israel: —replicóle Caifás, remedando la entonacion y la sonrisa de su interlocutor.

Y una vez terminado este breve diálogo, sostenido entre el hijo de Hillel, y el yerno de Anás, el Nasi dirigió su voz á la reunion de los jueces, y les dijo:

—Señores: despues de haber oido la acusacion y la defensa, que naturalmente deben preceder á la votacion, es costumbre en Israel dejar que los jueces mediten por un buen espacio acerca de lo que deben hacer, y yo rindiendo pleito homenaje á esta sábia costumbre, levanto la sesion durante algun tiempo, para que vosotros podais formar vuestra opinion, consultando con vuestra conciencia, acerca el carácter que deberán tener vuestros votos, en lo que se refiere á la causa de Jesús de Nazareth. El Señor se

digne alumbrar vuestras inteligencias para que salga de vuestros labios la justicia, y solo os inspire el amor á la ley y el temor de Dios. Meditad, pues, jueces de Israel, acerca de lo que debeis hacer, y no bien la sesion vuelva á abrirse de nuevo, lleve cada cual dictada la sentencia absolutoria ó condenatoria.

Puso con estas palabras silencio á sus labios el Nasi, y Caifás, dejando el asiento que en la presidencia hasta entonces ocupara, salió del aposento donde se hallaban reunidos los jueces, como para indicar á sus compañeros que podian hacer lo mismo.

Anás imitó á su yerno; Onkelos abandonó tambien su puesto, Eleazar le siguió como pretendiendo entablar con él una conversacion, y pocos momentos despues, aquella estancia infernal hallábase poco menos que desocupada.

Solo quedaban en ella Gamaliel absorvido por las angustias ideas y preocupaciones que le dominaban; Nicodemus, cuya felicidad mezclada de imponderable tristeza era indecible; José de Arimatea, que santamente envidioso de su amigo, hubiera querido dar las glorias de toda su vida, para poderse proporcionar la conquistada por Nicodemus en aquella noche, y cuatro jueces mas, que meditaban las razones alegadas por el discípulo de Jesucristo, y que á cada momento iban convenciéndose con mayor evidencia, no solo de que Jesús era inocente, sino tambien de que bajo la sombra de la ley querian sus enemigos implacables asesinarle.

Acabó de decidirles á favor del Cristo Dios, la sarta de invectivas y de apóstrofes incalificables de Onkelos; aquella aglomeracion de ecos roncós y apasionados de la ira innoble, en la que no habia una razon siquiera que contestara á las razones alegadas por Nicodemus en pro del Salvador.

Y aquellos cuatro israelitas, amigos de la justicia, pero no partidarios ni discípulos del divino Redentor, determinaron proclamar la inocencia de Jesús, y aun cuando conocian que iban á hacerse sospechosos para los enemigos de Cristo, prefirieron esta sospecha, prefirieron incurrir en el desagrado de los jueces de sus escuelas, antes que obrar contra la ley, contra la justicia, y contra sus conciencias; antes que manchar sus manos con la sangre inocente del Señor.

Solo estos, pues, y nadie mas, quedaron en la sala donde Jesucristo con actitud humilde y resignada sufría y de vez en cuando suspiraba. Nicodemus acercóse á él y puso respetuoso los labios que le habian defendido, en aquellas llagas sangrientas que redimian al mundo.

Y una lágrima brotó de los labios del defensor de Cristo, con ocasion de poner Jesús en él una mirada impregnada de gratitud.

Entonces entablóse un diálogo entre el Salvador y Nicodemus, diálogo que nuestros lectores hallarán en otra parte, puesto que ahora se necesita nuestra presencia en un salon adjunto, donde han ido á reunirse todos los que desean la muerte de Jesucristo.

Penetremos en él sin temor, porque aun cuando sea un antro mas digno de Satanás que el mismo infierno, no temerémos contaminarnos, puesto que acudimos allí por amor al divino Mártir.

Este amor nos escudará. Oigamos pues:

Anás y Caifás conferenciaban en voz baja. Parece que el segundo abriga una opinion que el primero trabaja por hacerle desechar, y si hemos de juzgar por las apariencias, el gran sacerdote acaba como siempre por asentir á las máximas y á los consejos de su suegro.

En tanto Onkelos y Eleazar, rodeados de una multitud de jueces que participan de sus opiniones, hablan tambien con calor, y notad la triste condicion de la humana naturaleza: Onkelos, que tanto habia mortificado á Eleazar con sus desprecios, estrecha ahora amigablemente su mano, y se diria que por medio de aquel apretón amistoso; el sábio y el ignorante se felicitan mutuamente.

—Sois un hombre grande, admirable; merecis los plácemes y las alabanzas de todas las generaciones. Nadie mas práctico que vos, amigo mio; nadie que tenga en el Sanhedrin la concision, la claridad, la elocuencia y el prodigioso don de sacar las mas precisas y necesarias consecuencias. Yo os he mirado muchas veces con recelo, porque lo confieso, no os habia llegado á comprender, pero de ahora en adelante, tampoco habrá nadie en Israel mas dispuesto á haceros justicia. Soy el primero de vuestros admiradores: —decia Eleazar á Onkelos.

Este, lisonjeado mas por el silencio y la adhesion de la multitud que les rodeaba, que por las palabras del hijo de Anás, habló de esta manera á su interlocutor:

—Tambien vos, Eleazar, teneis á veces un admirable sentido práctico. Vuestro corazon resuelve las cuestiones antes que vuestra inteligencia, y vuestra alma generosa llegará á ser una esperanza de la patria, no bien los años os hayan dado el aplomo que no posee nunca la juventud. Habeis adivinado admirablemente lo que debia hacerse, y os habeis hecho eco de las justas aspiraciones de todos los que tienen en algo su decoro y su reputacion. Sí, Nicodemus debe morir á la par que el sedicioso: despues de haber proferido sus labios las palabras que en ellos hemos visto, ya no deben abrirse mas que para exhalar el último aliento entre atroces tormentos.



—Verdad es; Nicodemus debe necesariamente morir;— contestaron Eleazar y todos los que rodeaban al fariseo.

Esta voz, que resonó como un trueno en el salon, llegó distinta y clara á los oidos de Anás y de su yerno, y al parecer contrarió bastante al primero.

Caifás le dijo:

—¿No lo oís?

—Sí, pero es preciso que desistan de su empeño, porque hoy por hoy podria ser de consecuencias fatales. Nicodemus en presencia del Pretor, repetiría el capítulo de faltas que hemos oido de sus labios, y entonces tal vez Pilatos soltaria á Jesús y á su defensor dándoles una patente de inocencia, y no sería extraño que nos colocara á nosotros en su lugar. No lo dudes; Nicodemus se halla resuelto á todo, porque está fanatizado, y como no teme la muerte, sin duda abriga el propósito de defender al sedicioso hasta el último momento. Te repito que no solo no debe prendérsele para llevarle al pretorio, sino que debemos evitar por todos los medios que se acerque á Pilatos, porque entonces ¿quién sabe si la oracion se nos volveria por pasiva?

—¡Pero dejarle impune!... Mirad que las terribles acusaciones que nos ha echado en cara son de un carácter imperdonable, y pertenecen á los secretos aquellos que matan al que se atreve á penetrarlos.

—Pues bien; será tan difícil...

Anás miró á su yerno y sonrió como un asesino vulgar: el pontífice devolvióle otra sonrisa de inteligencia y dijo:

—Es verdad; hay medios para hacerle enmudecer.

—Pues bien; ahora es preciso calmar la tempestad que brama allí.

Y señaló el lugar donde peroraban enardecidos Onke-

los y Eleazar, convertidos ya en los mejores amigos del mundo.

—Será cosa difícil;— balbuceó Caifás.

—Pero no imposible;— repuso el suegro con un admirable tono de seguridad.

—Dios lo quiera.

Y diciendo esto encamináronse al grupo indicado, donde cada cual enfurecido, se desataba en terribles y asquerosas invectivas contra el divino Nazareno y su generoso é ilustre defensor.

El concurso recibió complacido á los dos sacerdotes, quienes ante todo apretaron afectuosamente la mano de Onkelos, como para atraerse su favor, y merecer así su aquiescencia.

—Bien, bravo, amigo mio; os habeis portado como quien sois, y merecis la gratitud de la patria;— dijeron los pontífices á Onkelos, que satisfecho les miraba, y al oír sus palabras lisonjeras se enorgullecia.

El fariseo durante toda aquella noche daba pocas pruebas del talento y de la ciencia que poseia. La pasion colocara ante sus ojos una venda, y convertido en ciego, se diferenciaba poco de Eleazar y de otros tantos; que como el hijo de Anás abundaban en el Sanhedrin.

Habia además prometido vengarse de Nicodemus, cuando poco antes el sacerdote defendiera á Cristo de los atropellos de que le hacia objeto el fariseo, y es preciso formarse una idea del carácter vengativo de los judíos, para esplicarse la manera como Onkelos, atento á su venganza tan solo, cometia los mayores desaciertos, haciéndose indigno de la fama que su talento, su ciencia y sagacidad le dieran en toda la nacion.

¡Lo que es un hombre dominado por las pasiones vio-

lentas! ¡Cuál pierde el carácter el que se deja arrastrar por los ímpetus brutales de sus miserias humanas!... Onkelos que era el espanto de los sacerdotes; Onkelos á quien tanto respetaban Anás y su yerno, cegado por la pasión, ni siquiera advertía que los pontífices iban á engañarle con palabras melosas, como se engaña á un niño de pocos años con un juguete.

Pero el fariseo no conocía aquello; así es que al oír las palabras lisonjeras de Anás y de Caifás, hinchóse como una rana, y lleno de satisfacción, levantando la orgullosa cabeza dijo:

—Era lo único que debía hacerse. ¿Á que entretenernos en refutar las viles imposturas, las miserables calumnias de Nicodemus, cuando todas ellas quedaban refutadas manifestando la indignación que nos han causado, y pidiendo la pena que merecen?

—Ha sido un modo original de refutarle. ¿Por qué habíamos de perder tiempo en hacerlo, cuando todos estamos convencidos de la enormidad de la calumnia? — observó Eleazar con un admirable aplomo; con ese aplomo peculiar á los necios cuando aseveran algo de lo que les es imposible dar una razón.

—Ello es cierto; —observó Anás; —pero surgen algunas dificultades, que tal vez nos impidan llevar por de pronto á cabo lo que todos deseamos tanto.

—¿Por qué? —preguntó Onkelos, grandemente escitado por la observación del malvado Anás.

—¿Por qué? —preguntaron todos los que formaban corro, no menos escitados que el vengativo fariseo.

—¿Qué preferís, señores; la muerte del sedicioso ó la muerte del calumniador? —preguntó con moderación y calma aparentes el satánico y viejo pontífice.

—Las dos: —contestóle Onkelos con resolución.

—Ambas son necesarias, no cabe duda, pero si por de pronto os dieran á elegir, ¿cuál de las dos preferiríais?

—Las dos; —replicó el exaltado Onkelos, con terquedad que denotaba su resolución inquebrantable.

—Pero os ruego, amigo mío, que os digneis decirme; si la una de estas dos muertes impidiera la otra; si hubiéseis de escoger entre Jesús de Nazareth y Nicodemus, ¿cuál de los dos preferiríais ver en el patíbulo?

—¿Pero por qué no han de ser los dos? ¿Acaso hay alguna dificultad para que esto suceda así, pontífice? —objetó Onkelos.

—Sí; la dificultad existe, y es grande; tan grande, que por de pronto se me figura insuperable.

—¿Ha resultado tal vez álguien que apadrina al miserable Nicodemus? —preguntó el fariseo al pontífice con una procacidad desesperante.

—¿Dudais de mí, Onkelos? —observó Anás mirando de hito á hito al fariseo.

—No dudo de nadie, pero tampoco me fio de nadie. Os ruego, pues, que no os ofendais, Anás, y puesto que en materias que atañen á mi honor no admito mas jueces que mi conciencia, si quereis que me dé por convencido de las razones que han motivado tan extraño giro en este asunto, servíos esponérmelas para que juzgue sobre su justicia.

—No deseaba otra cosa, por cuyo motivo os ruego que tengais la bondad de escucharme.

Anás llevó consigo al fariseo, mientras que volviéndose á Caifás le decía:

—Mientras tanto, tú puedes tambien enterar á esos señores de los motivos poderosos que hay, para que, hoy por hoy, solo caiga el mas poderoso de los dos malvados.

Y mientras que el gran sacerdote esponia las razones que hemos visto en otra parte, y tranquilizaba á los que le oian, prometiendo vengarles en breve de Nicodemus, Anás y Onkelos sostenian entre sí esta conversacion:

—Absorto me teneis, anciano pontífice, al oir que abogais por la causa de ese malvado procaz que se llama Nicodemus.

—Léjos de mí tal cosa, amigo mio, y si bien lo meditais, no dejareis de observar que es el único camino que existe para condenarlos á los dos.

—No os entiendo, y desearia algunas razones bastante poderosas que me aclararan ese misterio.

—Para eso he deseado tener con vos esta conversacion.

—Hablad ya: — dijo impaciente Onkelos.

—Ya sabeis que las sentencias de muerte dictadas por el Sanhedrin, no tienen valor alguno si no las hace ejecutar el Pretor, y Pilatos valiéndose del derecho que le da la fuerza, no solo no permite que nosotros ajusticiemos á nadie, sino que estudia la causa, y dicta á su vez la sentencia, importándole poco que esta sentencia resulte contradictoria á la dictada por nosotros.

—Es verdad.

—De consiguiente, Pilatos deberá entender en la causa de Jesús de Nazareth, y querrá examinar las pruebas de su crimen, antes de pronunciar la sentencia de muerte.

—No tiene duda.

—Pues bien; si presentamos á Nicodemus ante el pretorio, pidiendo que se le condene tambien á muerte, á la par que Jesús de Nazareth, Nicodemus dirá delante del Pretor lo que delante de nosotros ha dicho, y como se halla resuelto á todo, importándole poco la vida ó la muerte, puede ponernos ante el gobernador en un conflicto gravisimo.

—¡Es verdad! — dijo Onkelos meditabundo, meneando con desesperacion la cabeza.

—¡Oh! seria una cosa terrible, espantosa, que Pilatos nos pusiera presos, nos formara causa, y animado tan solo por el afan de humillar al pueblo escogido, enclavara en una cruz á todos los miembros del Sanhedrin, al mismo tiempo que entregara la Judea en poder del Nazareno, poniéndole en libertad y justificándole... ¿No es cierto, amigo mio, que esto seria espantoso?

—¡Oh! sí: — exclamó Onkelos estremeciéndose.

—Ved ahí, pues, la razon por la cual, hoy por hoy, debemos dejar impune el crimen de Nicodemus, concretándonos á impedirle, por todos los medios, que vea al Pretor, hasta el momento en que la sentencia sea promulgada.

—¡Pero es terrible, es desesperante, y la rabia me ahogará hasta tanto que haya vengado mi honor!

—¡Es tan fácil cosa! — repuso Anás. — No han de faltarnos medios para hacerle desaparecer. Hoy por hoy es fuerza que nos atengamos á los intereses de la patria, y que sacrifiquemos en sus aras un poco de nuestras miras personales.

—Es verdad... pero yo necesito vengarme, y me vengaré.

—Y bien, Onkelos; ¿os satisface mi explicacion?

—Sí; vamos á trabajar para que aquellos borregos desistan de su empeño, cosa que no será muy difícil conseguir.

—Lo presumo.

Y los dos se encaminaron de nuevo al grupo donde Caifás y Eleazar se hallaban disputando. Eleazar no queria entender nada, y pedia la muerte de Nicodemus con una insistencia desesperante.